

06

enero

Solemnidad de la Epifanía del Señor
(Ciclo C) – 2019

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

La gloria del Señor brilla sobre ti

Lectura del libro del profeta Isaías 60, 1-6

¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz
y la gloria del Señor brilla sobre ti!
Porque las tinieblas cubren la tierra
y una densa oscuridad, a las naciones,
pero sobre ti brillará el Señor
y su gloria aparecerá sobre ti.
Las naciones caminarán a tu luz
y los reyes, al esplendor de tu aurora.

Mira a tu alrededor y observa:
todos se han reunido y vienen hacia ti;
tus hijos llegan desde lejos
y tus hijas son llevadas en brazos.
Al ver esto, estarás radiante,
palpitará y se ensanchará tu corazón,
porque se volcarán sobre ti los tesoros del mar
y las riquezas de las naciones llegarán hasta ti.
Te cubrirá una multitud de camellos,
de dromedarios de Madián y de Efá.
Todos ellos vendrán desde Sabá,
trayendo oro e incienso,
y pregonarán las alabanzas del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 71, 1-2. 7-8. 10-13

R. *¡Pueblos de la tierra
alaben al Señor!*

Concede, Señor, tu justicia al rey

y tu rectitud al descendiente de reyes,
para que gobierne a tu pueblo con justicia
y a tus pobres con rectitud. **R.**

Que en sus días florezca la justicia
y abunde la paz, mientras dure la luna;
que domine de un mar hasta el otro,
y desde el Río hasta los confines de la tierra. **R.**

Que los reyes de Tarsis y de las costas lejanas
le paguen tributo.
Que los reyes de Arabia y de Sebá
le traigan regalos;
que todos los reyes le rindan homenaje
y lo sirvan todas las naciones. **R.**

Porque él librará al pobre que suplica
y al humilde que está desamparado.
Tendrá compasión del débil y del pobre,
y salvará la vida de los indigentes. **R.**

*Ahora ha sido revelado que también los paganos
participan de la misma promesa*

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 3, 2-6

Hermanos:

Seguramente habrán oído hablar de la gracia de Dios, que me ha sido dispensada en beneficio de ustedes. Fue por medio de una revelación como se me dio a conocer este misterio, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras. Al leerlas, se darán cuenta de la comprensión que tengo del misterio de Cristo, que no fue manifestado a las generaciones pasadas, pero que ahora ha sido revelado por medio del Espíritu a sus santos apóstoles y profetas.

Este misterio consiste en que también los paganos participan de una misma herencia, son miembros de un mismo Cuerpo y beneficiarios de la misma promesa en Cristo Jesús, por medio del Evangelio.

Palabra de Dios.

ALELUIA **Mt 2, 2**

Aleluia.

Vimos su estrella en Oriente
y hemos venido a adorar al Señor.

Aleluia.

EVANGELIO

Hemos venido de Oriente a adorar al rey

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo 2, 1-12

Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo.»

Al enterarse, el rey Herodes quedó desconcertado y con él toda Jerusalén. Entonces reunió a todos los sumos

sacerdotes y a los escribas del pueblo, para preguntarles en qué lugar debía nacer el Mesías. «En Belén de Judea, le respondieron, porque así está escrito por el Profeta:

"Y tú, Belén, tierra de Judá,
ciertamente no eres la menor
entre las principales ciudades de Judá,
porque de ti surgirá un jefe
que será el Pastor de mi pueblo, Israel".»

Herodes mandó llamar secretamente a los magos y después de averiguar con precisión la fecha en que había aparecido la estrella, los envió a Belén, diciéndoles: «Vayan e infórmense cuidadosamente acerca del niño, y cuando lo hayan encontrado, avísenme para que yo también vaya a rendirle homenaje.»

Después de oír al rey, ellos partieron. La estrella que habían visto en Oriente los precedía, hasta que se detuvo en el lugar donde estaba el niño. Cuando vieron la estrella se llenaron de alegría, y al entrar en la casa, encontraron al niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje. Luego, abriendo sus cofres, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. Y como recibieron en sueños la advertencia de no regresar al palacio de Herodes, volvieron a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion para la Solemnidad de la Epifanía del Señor

(Domingo 6 de enero de 2019)

Entrada:

Celebramos hoy la Solemnidad de la Epifanía del Señor. El Sol que vino de lo alto en la Navidad y quiso despuntar en la pobreza de un oculto establo iluminó el mundo entero. De esta manera el orbe conoció la misericordia de Dios que llegó a todos los hombres para hacerlos hijos en su Hijo.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura:

Is 60, 1-6

Jerusalén resplandece porque llega su luz y la gloria del Señor brilla sobre ella.

Salmo Responsorial 71

Segunda Lectura

Ef 3, 2-3a. 5-6

Los gentiles, por gracia de Dios y por la predicación del Evangelio, participan de la misma herencia.

Evangelio

Mt 2, 1-12

Los magos venidos desde Oriente llegan a Belén de Judea para adorar al rey de los judíos que acaba de nacer.

Preces:

Pidamos al Padre de los cielos por nuestras necesidades y la de todos los hombres.

A cada intención respondemos cantando:

* Por el Santo Padre y sus intenciones, y para que todos los hombres de buena voluntad rindan homenaje, adoren a Cristo y le reconozcan como Rey, como Dios y como hombre verdadero y reciban el bautismo que les abre las puertas de los cielos. Oremos.

* Por la unidad de católicos y ortodoxos, para que unidos por el mismo bautismo superemos las divisiones que hieren al Cuerpo místico de Jesucristo y se realice muy pronto el deseo de su Corazón de que seamos uno confesando a un único Pastor y celebrando el sacrificio de la Eucaristía. Oremos.

* Por nuestra Patria, que es cristiana y mariana desde sus más hondas raíces, para que dóciles a la gracia recibida por el trabajo y hasta el martirio de tantos misioneros, demos abundantes frutos de santidad a la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Oremos.

* Por todos nosotros, para que nos convirtamos en luz y sal en medio a un mundo que anhela el testimonio coherente y eficaz de los que se confiesan seguidores del Verbo Encarnado y así les ayudemos a dar sentido cristiano a sus vidas y alcancen la salvación. Oremos

(Para los miembros de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado)

*Por los frutos de todo el apostolado que realiza nuestra familia religiosa durante el verano con las misiones, jornadas de universitarios y Ejercicios espirituales para que Dios bendiga la labor incansable de todos nuestros misioneros y los fortalezca y consuele con su gracia abundante. Oremos

**Escucha nuestras súplicas, Dios todopoderoso, y ayúdanos a ser tus testigos delante de todos los hombres.
Por Jesucristo nuestro Señor.**

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

Junto a los Magos de Oriente queremos tributarle al Señor nuestra fe, rendirnos a su Voluntad con una esperanza cierta en sus promesas y ofrecerle todo nuestro amor.

Además presentamos:

* **Flores** a María Santísima, Aurora de la Luz que no tiene ocaso.

* **Cirios** que se consumirán iluminando la presencia real de nuestro Señor en el Altar.

* **Pan y vino**, para que Cristo se haga presente en la Eucaristía, y lo adoremos cuando lo recibamos en nuestras almas.

Comunión:

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”. Acerquémonos a comulgar con amor y confianza.

Salida:

Que la Virgen María, Estrella de la evangelización, nos ayude a llevar a cabo juntos la misión de anunciar a Cristo, luz del mundo, con la palabra y el testimonio de nuestra vida.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Nota: Sugerimos leer de nuevo lo que el Directorio Homilético dice sobre la Solemnidad de la Epifanía (CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, n° 124 – 130)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Solemnidad de la Epifanía del Señor

CEC 528, 724: la Epifanía del Señor

CEC 280, 529, 748, 1165, 2466, 2715: Cristo, luz de las naciones

CEC 60, 442, 674, 755, 767, 774-776, 781, 831: la Iglesia, el sacramento de la unidad del género humano

- 528 La Epifanía es la manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Con el bautismo de Jesús en el Jordán y las bodas de Caná (cf. LH Antífona del Magnificat de las segundas vísperas de Epifanía), la Epifanía celebra la adoración de Jesús por unos "magos" venidos de Oriente (Mt 2, 1) En estos "magos", representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación. La llegada de los magos a Jerusalén para "rendir homenaje al rey de los Judíos" (Mt 2, 2) muestra que buscan en Israel, a la luz mesiánica de la estrella de David (cf. Nm 24, 17; Ap 22, 16) al que será el rey de las naciones (cf. Nm 24, 17-19). Su venida significa que los gentiles no pueden descubrir a Jesús y adorarlo como Hijo de Dios y Salvador del mundo sino volviéndose hacia los judíos (cf. Jn 4, 22) y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento (cf. Mt 2, 4-6). La Epifanía manifiesta que "la multitud de los gentiles entra en la familia de los patriarcas"(S. León Magno, serm.23) y adquiere la "israelítica dignitas" (MR, Vigilia pascual 26: oración después de la tercera lectura).
- 724 En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).
-

- 280 La creación es el fundamento de "todos los designios salvíficos de Dios", "el comienzo de la historia de la salvación" (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, "al principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rom 8,18-23).
-

- 529 La Presentación de Jesús en el templo (cf.Lc 2, 22-39) lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (cf. Ex 13,2.12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, "luz de las naciones" y "gloria de Israel", pero también "signo de contradicción". La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos".
-

Artículo 9

“CREO EN LA SANTA IGLESIA CATOLICA”

- 748 "Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el evangelio a todas las criaturas". Con estas palabras comienza la "Constitución dogmática sobre la Iglesia" del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol.
-

- 1165 Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: ¡Hoy!, como eco de la oración que le enseñó su Señor (Mt 6,11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3,7-4,11; Sal 95,7). Este "hoy" del Dios vivo al que el hombre está llamado a entrar, es la "Hora" de la Pascua de Jesús que es eje de toda la historia humana y la guía:

La vida se ha extendido sobre todos los seres y todos están llenos de una amplia luz: el Oriente de los orientes invade el universo, y el que existía "antes del lucero de la mañana" y antes de todos los astros, inmortal e inmenso, el gran Cristo brilla sobre todos los seres más que el sol. Por eso, para nosotros que creemos en él, se instaura un día de luz, largo, eterno, que no se extingue: la Pascua mística (S. Hipólito, pasc. 1-2).

2466 En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó toda entera. "Lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14), él es la "luz del mundo" (Jn 8,12), la Verdad (cf Jn 14,6). El que cree en él, no permanece en las tinieblas (cf Jn 12,46). El discípulo de Jesús, "permanece en su palabra", para conocer "la verdad que hace libre" (cf Jn 8,31-32) y que santifica (cf Jn 17,17). Seguir a Jesús es vivir del "Espíritu de verdad" (Jn 14,17) que el Padre envía en su nombre (cf Jn 14,26) y que conduce "a la verdad completa" (Jn 16,13). Jesús enseña a sus discípulos el amor incondicional de la Verdad: "Sea vuestro lenguaje: `sí, sí'; `no, no'" (Mt 5,37).

2715 La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. "Yo le miro y él me mira", decía, en tiempos de su santo cura, un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a El es renuncia a "mí". Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el "conocimiento interno del Señor" para más amarle y seguirle (cf San Ignacio de Loyola, ex. sp. 104).

La Iglesia, sacramento de la unidad del genero humano

60 El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf. Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. Rom 11,17-18.24).

442 No ocurre así con Pedro cuando confiesa a Jesús como "el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16) porque este le responde con solemnidad "no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16, 17). Paralelamente Pablo dirá a propósito de su conversión en el camino de Damasco: "Cuando Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles..." (Ga 1,15-16). "Y en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios" (Hch 9, 20). Este será, desde el principio (cf. 1 Ts 1, 10), el centro de la fe apostólica (cf. Jn 20, 31) profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia (cf. Mt 16, 18).

674 La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles" (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

755 "La Iglesia es labranza o campo de Dios (1 Co 3, 9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11, 13-26). El labrador del cielo la plantó como viña selecta (Mt 21, 33-43 par.; cf. Is 5, 1-7). La verdadera vida es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada (Jn 15, 1-5)".

La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

767 "Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia" (LG 4). Es entonces cuando "la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del evangelio entre los pueblos mediante la predicación" (AG 4). Como ella es "convocatoria" de salvación para todos los hombres, la Iglesia, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6).

La Iglesia, sacramento universal de la salvación

774 La palabra griega "mysterion" ha sido traducida en latín por dos términos: "mysterium" y "sacramentum". En la interpretación posterior, el término "sacramentum" expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término "mysterium". En este sentido, Cristo es El mismo el Misterio de la salvación: "Non est enim aliud Dei mysterium, nisi Christus" ("No hay otro misterio de Dios fuera de Cristo") (San Agustín, ep. 187, 34). La obra salvífica de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia (que las Iglesias de Oriente llaman también "los santos Misterios"). Los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia contiene por tanto y comunica la gracia invisible que ella significa. En este sentido analógico ella es llamada "sacramento".

775 "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es "signo e instrumento" de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

776 Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación" (LG 48), por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45, 1). Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad" (Pablo VI, discurso 22 junio 1973) que quiere "que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo" (AG 7; cf. LG 17).

I LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

781 "En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo..., es decir, el Nuevo Testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu" (LG 9).

831 Es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (cf Mt 28, 19): Todos los hombres están invitados al Pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos... Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter, la Iglesia Católica tiende siempre y eficazmente a reunir a la humanidad entera con todos sus valores bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu (LG 13).

2. EXÉGESIS

Card. Isidro Gomá

Adoración de los Magos

Mt 2, 1-12

Explicación. — (...)

Los Magos (1-2) —.

Sólo San Mateo nos refiere el episodio de los Magos. Insinuado no más en brevísima frase el hecho del nacimiento de Jesús, entra de lleno el Evangelista en la descripción del famoso hecho, y lo hace en forma dramática y viva: *Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá...* (...). Se añade aquí el nombre de la tribu al de la ciudad, para distinguirla de otra Belén de la tierra de Zabulón en el Norte. *En tiempo del rey Herodes:* se trata de Herodes el Grande, hacia el fin de cuyo reinado nació el Redentor. No sin énfasis y para poner de relieve lo inesperado de la visita solemne, que llamaría la atención de los ciudadanos de Jerusalén, introduce San Mateo súbitamente a los altos personajes en su narración: *He aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén...*

¿Quiénes eran los Magos? (...) la tradición, casi unánime, alaba su buena intención de conocer al recién nacido rey de los judíos. No son pocos los que ponderan la excelsitud de unos personajes que merecieron una revelación de Dios sobre el nacimiento del Mesías. (...). «Mago», nombre de excelencia y grandeza, designaba entre los Persas, Caldeos y Medos a unos hombres de raza sacerdotal, sabios, filósofos, que cultivaban la medicina y la astrología, consejeros de los reyes, ministros del culto, maestros de religión (...). Gozaban de gran consideración. Sólo más tarde, y cuando degeneraron de su primitiva grandeza, sirvió el nombre de mago para designar a los cultivadores de la magia y de los sortilegios. (...) Es probable fuesen como unos emires o reyezuelos, príncipes más esclarecidos por su ciencia que por su potestad.

El Evangelio no nos indica su patria; el Oriente, con respecto a la Palestina, puede ser la Persia, Caldea, Arabia, Media; la mayor parte de los intérpretes les suponen persas, ya que de este país era originaria la casta de los Magos.

(...)

¿Cómo los Magos vinieron de remotas regiones a Jerusalén para ver a un rey recién nacido? Históricamente, y siempre dentro de la providencia extraordinaria de Dios que, en su gran misericordia, quiso revelar a los pueblos gentiles el advenimiento del Redentor del género humano, el hecho rarísimo tiene su explicación. La dispersión de los judíos con motivo del cautiverio de Babilonia; el lugar preeminente que en la capital de Caldea llegó a gozar el profeta Daniel, «príncipe de los Magos», como se le llamó en aquella corte (Dan 5,11), y anunciador del tiempo preciso en que debía venir el Mesías; la versión griega de los Setenta, y algunos libros apócrifos, como el de Henoc y los Salmos salomónicos, habían difundido extraordinariamente por todo el mundo helénico la idea de que debía nacer un gran rey en la Judea, que debía sojuzgar el mundo; Tácito y Suetonio son, entre los historiadores romanos, testigos de esta arraigadísima creencia.

Prevalecía, por otra parte, entre el pueblo la convicción de la influencia de los astros en la vida del hombre, y de que los grandes personajes eran anunciados por acontecimientos extraordinarios de orden sideral. Los Magos, más astrólogos que astrónomos, profesaban las mismas ideas del pueblo. Tal vez en las regiones orientales había adquirido cuerpo la profecía de Balaam, profeta de la Mesopotamia, que anunció el advenimiento del Mesías por una estrella (*Num. 24, 17*). Este cúmulo de factores, y especialmente la gracia de Dios que interiormente les ilustró, hizo que los Magos, al aparecer en el cielo una estrella extraordinaria, relacionaran el hecho sidéreo con el gran suceso histórico que se esperaba como inminente, y que debiendo el rey ser de la Judea, a su capital, Jerusalén, se dirigieran para ser testigos del gran suceso, y rendirle pleitesía.

Y en Jerusalén entraron, diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarle.* ¿Qué estrella fue ésta? Quieren unos que fuese una nueva estrella que hiciera aparecer Dios en el firmamento para avisar a los Magos; otros optan por un cometa; quiénes por la conjunción de dos o más planetas que les dieron un brillo extraordinario: es esta última opinión del astrónomo Kepler, que supone que en el año de Roma 747 estuvieron en conjunción Júpiter, Marte y Saturno y que ello fue para los Magos el aviso del cielo. Pero la narración del Evangelio es sencillísima, y no reclama complicados cálculos. La opinión más común, ya seguida de antiguos autores, es que se trataba de un meteoro luminoso, que hizo Dios aparecer en la misma región atmosférica de la tierra. El hecho de que se posara el cuerpo luminoso sobre la casa donde estaba el Niño da valor a esta interpretación. Los astros del firmamento no están sobre una casa, sino por igual sobre todas. Probablemente no les sirvió de guía la estrella a los Magos desde el Oriente a Jerusalén; el Evangelio dice tan sólo que la vieron «en Oriente», mientras estaban en Oriente, o hacia la parte de Oriente. Ni tenían necesidad de guía celeste para ir a la capital judía. Llámala los Magos estrella del rey, «su estrella», porque Dios la había hecho aparecer para anunciar su nacimiento, y porque la luz de Dios les enseñaba interiormente la relación que había entre el astro y el rey nacido.

Inquietud de Herodes (3-8) —.

Como reguero de pólvora que se inflama corrió por Jerusalén la nueva de la venida de los Magos y su rara pregunta. Los tiempos eran de plena expectación mesiánica y de ominosa tiranía por parte de un rey extranjero. La voz pública llega hasta Herodes, quien, suspicaz como todo usurpador, teme y se turba al solo pensamiento de que ha nacido un rey de raza judía. (...)

Era preciso salir de congojas: él sabe que está próximo el advenimiento del Cristo, según las ideas judías; las profecías señalarán seguramente el lugar de su nacimiento. Se trata, pues, de una cuestión teológica, que pertenece al depósito de la tradición de Israel: los príncipes de los sacerdotes, jefes de las familias sacerdotales, pontífices que han ejercido el supremo pontificado y los elegibles para el elevado cargo, son la más alta autoridad en la materia; los escribas son los intérpretes de los sagrados libros. Herodes los llama a todos a consejo: *Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde debía nacer el Cristo.*(...)

Fácil fue a la asamblea evacuar la consulta del tirano; la profecía era clara y categórica, en Miqueas (5, 2): *Y ellos le dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará a mi pueblo de Israel.* Sacerdotes y escribas interpretan la profecía de Miqueas en sentido diverso del en que él la profirió: Miqueas habla de la insignificancia de Belén, que no llegaba a mil familias en su tiempo; los sacerdotes y escribas se

refieren a la gloria que vendrá a dicha ciudad por el nacimiento del Mesías en ella. Ello no obsta a la verdad del hecho que se trata de averiguar. Y es la alegación precioso documento para los Magos.

Herodes, maestro en insidias, conocido el lugar del nacimiento del rey presunto, procede con recelosa cautela en un negocio en que corre peligro su posesión del trono de Judá. Llama ocultamente a los Magos para que no tome cuerpo en el pueblo la gran noticia, y les sonsaca con diligencia la fecha en que apareció la estrella denunciadora del nacimiento: así conocerá el lugar donde se halla el rey nacido y su edad; *Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella;* pensaba Herodes, como el vulgo de su tiempo, que coincidía el nacimiento con la aparición del astro que le indicaba.

Sólo faltaba a Herodes puntualizar un hecho para no errar el golpe cuando trate de eliminar a su rival, asesinándole: conocerle personalmente. Para lograrlo, finge entrar en los mismos sentimientos de los Magos para que, cuando le hayan hallado, se lo indiquen: *Y enviándoles a Belén les dijo: Id, e informaos bien del niño: y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.* Cuando le conozca, hará con él lo que hizo con toda la familia de los Hasmoneos; los mismos Magos le habrán servido inconscientemente de espías.

Los Magos a Belén (9-12). —

Partieron de Jerusalén los Magos: *Ellos, oído el rey, se fueron.* El camino de Jerusalén a Belén es de dos horas escasas y harto conocido (...) Pondera el Evangelista la extraordinaria alegría de los Magos al ver la Estrella: *Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera;* parece ello demostrar que la aparición de la estrella fue súbita, sobre la casa ante la que se hallaban los Magos: la misma divina señal que en Oriente les anunciaba el nacimiento, les indica ahora el lugar del Niño.

Y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su madre. Aunque creen algunos se trataba del mismo establo del nacimiento, es de creer que, descongestionada la ciudad de la aglomeración de viajeros que a ella vinieron para empadronarse, los santos esposos pudieron hallar una casa en que acogerse. En ella encuentran al Infante, y con él a la dichosa Madre que le contemplaría en su regazo o le tendría abrazado contra el casto pecho. En Belén, en Nazaret, en el Calvario, en la historia del Cristianismo, siempre hallamos a la Madre acompañando al Hijo. ¡Dulce símbolo, en que se complace nuestra fe y nuestra piedad!

Ante el delicioso y humilde espectáculo, la fe de los Magos no titubea; lo primero que hacen es prosternarse en el suelo, adorándole como a su Dios: *Y postrándose, le adoraron.* En Oriente nadie se presenta ante los grandes personajes sin ofrecerles algún presente: *Y abiertos los cofres donde llevaban sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra,* estimadísimos productos en Oriente. El oro es el metal regio; el incienso se ha usado siempre en honor de la divinidad; la mirra se empleaba en Oriente para embalsamar los cadáveres: por estos símbolos reconocían los Magos en Jesús el carácter de Rey, Dios y Hombre. La Iglesia ha consagrado significación instituyendo la fiesta de la *Epifanía*, o manifestación de la divinidad y realeza del Hombre-Dios. Los Magos representan la vocación de los gentiles, de quienes fueron las primicias.

Se disponían los Magos, que no podían sospechar la perfidia de Herodes, a darle cuenta de su viaje, cuando por revelación nocturna les dijo Dios que no volviesen a Herodes, cuyos planes quizá les manifestaría el Señor. *Y habida respuesta en sueños* —respuesta equivale aquí a simple admonición, sin precedente pregunta—, *que no volviesen a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino.* La intervención de Dios en favor del Niño, por Sí mismo o por un ángel, confirmó la fe de los Magos en la divinidad del Infante.

Lecciones morales. —

a) v. 1. — *He aquí que los Magos vinieron de Oriente. —*

Los Magos obedecen con docilidad, humildad, prontitud, confianza ilimitada, las indicaciones de la estrella y las mociones interiores de la gracia de Dios. Siguen su ruta a través de dificultades y obstáculos. Y porque no se

apartan de la luz de Dios, llegan a gozar la dicha de ver a Jesús. No nos falta a nosotros nuestra estrella: es la fe, las mociones e iluminaciones de la gracia, las santas exhortaciones y ejemplos. Si seguimos impávidos sus orientaciones, encontraremos a Jesús, con todos sus consuelos, en este valle de miserias: le veremos, como Dios y Rey inmortal de los siglos, en su Humanidad glorificada, en los cielos, verdadera *Epifanía*, o manifestación de la esencia de Dios a los bienaventurados.

b) v. 3. —*Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó...* —

Turbose porque temió que, nacido un rey de raza judía, él, que era idumeo de nación, sería removido de su trono. Es que a las grandes potestades suele acompañarlas gran temor que no suelen experimentar los de baja condición, dice el Crisóstomo. Porque así como las altas ramas de un árbol se agitan a la más leve brisa, así cualquier noticia suele conmover a los hombres encumbrados, mientras que los humildes, como los valles, suelen gozar de mayor tranquilidad. Gocémonos de las ventajas de la humildad tranquila en que Dios nos ha colocado; o fundemos nuestra debilidad en la fuerza de Dios, si por El hemos sido encumbrados.

(...)

e) v.11. —*Y postrándose, le adoraron...* —

Como los Magos, debemos humillarnos profundamente ante Jesús, y ofrecerle, como ellos, místicos dones: el oro de la fe y de las buenas obras; el incienso de la oración y de la piedad: la mirra de la mortificación de la carne y la castidad. Junto a Jesús, acostumbremos a ver siempre a María, Madre suya y nuestra.

f) v. 12. —*Se volvieron a su tierra por otro camino.* —

No era posible, dice el Crisóstomo, que quienes venían de Cristo volvieran a Herodes. Porque los que dejando a Cristo van al diablo por el pecado, deben volver a Cristo por la penitencia. Quien estuvo en la inocencia mientras no supo lo que era el mal, fácilmente pudo ser engañado: pero cuando experimentó lo que era el mal que halló, y recordó el bien que había perdido, se vuelve a Dios compungido. Pero quien dejando al diablo viene a Cristo, difícilmente vuelve al diablo: porque mientras se goza en los bienes que en El halló, y recuerda los males de que escapó, difícilmente vuelve al mal.

(*Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, El Evangelio Explicado, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, págs. 306-313*)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

Benedicto XVI

“Cayendo de rodillas lo adoraron”

Queridos jóvenes:

En nuestra peregrinación con los misteriosos Magos de Oriente hemos llegado al momento que san Mateo describe así en su evangelio: "*Entraron en la casa (sobre la que se había detenido la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron*" (Mt 2, 11). El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un nuevo camino para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida. Porque seguramente se habían imaginado de modo diferente a este Rey recién nacido. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos. Estaban convencidos de que Dios existía, y que era un Dios justo y bondadoso. Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado un Rey que estaría en íntima armonía con Dios y que, en su nombre y de parte suya, restablecería el orden en el mundo. Se habían puesto en camino para encontrar a este Rey; en lo más hondo de su

ser buscaban el derecho, la justicia que debía venir de Dios, y querían servir a ese Rey, postrarse a sus pies, y así servir también ellos a la renovación del mundo. Eran de esas personas que *"tienen hambre y sed de justicia"* (Mt 5, 6). Un hambre y sed que les llevó a emprender el camino; se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Aunque otros se quedaran en casa y les consideraban utópicos y soñadores, en realidad eran seres con los pies en tierra, y sabían que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Por eso, no podían buscar al niño de la promesa sino en el palacio del Rey. No obstante, ahora se postran ante una criatura de gente pobre, y pronto se enterarán de que Herodes -el rey al que habían acudido- le acechaba con su poder, de modo que a la familia no le quedaba otra opción que la fuga y el exilio. El nuevo Rey ante el que se postraron en adoración era muy diferente de lo que se esperaban. Debían, pues, aprender que Dios es diverso de como acostumbramos a imaginarlo.

Aquí comenzó su camino interior. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos.

Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre y así cambiar también ellos mismos. Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente del poder de los grandes del mundo. Su modo de actuar es distinto de como lo imaginamos, y de como quisiéramos imponerlo también a él. En este mundo, Dios no le hace competencia a las formas terrenales del poder. No contrapone sus ejércitos a otros ejércitos. Cuando Jesús estaba en el Huerto de los olivos, Dios no le envía doce legiones de ángeles para ayudarlo (cf. Mt 26, 53). Al poder estridente y prepotente de este mundo, él contrapone el poder inerme del amor, que en la cruz -y después siempre en la historia- sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instaura el reino de Dios. Dios es diverso; ahora se dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios.

Habían venido para ponerse al servicio de este Rey, para modelar su majestad sobre la suya. Este era el sentido de su gesto de acatamiento, de su adoración. Una adoración que comprendía también sus presentes -oro, incienso y mirra-, dones que se hacían a un Rey considerado divino. La adoración tiene un contenido y comporta también una donación. Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a él a la causa de la justicia y del bien en el mundo. En esto tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben entregarse a sí mismos: un don menor que este es poco para este Rey. Aprenden que su vida debe acomodarse a este modo divino de ejercer el poder, a este modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de la verdad, del derecho, de la bondad, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, a encontrarse. Al salir de Jerusalén, han de permanecer tras las huellas del verdadero Rey, en el seguimiento de Jesús.

Queridos amigos, podemos preguntarnos lo que todo esto significa para nosotros. Pues lo que acabamos de decir sobre la naturaleza diversa de Dios, que ha de orientar nuestra vida, suena bien, pero queda algo vago y difuminado. Por eso Dios nos ha dado ejemplos. Los Magos que vienen de Oriente son sólo los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos la estrella de Dios, que han buscado al Dios que está cerca de nosotros, seres humanos, y que nos indica el camino. Es la muchedumbre de los santos -conocidos o desconocidos- mediante los cuales el Señor nos ha abierto a lo largo de la historia el Evangelio, hojeando sus páginas; y lo está haciendo todavía. En sus vidas se revela la riqueza del Evangelio como en un gran libro ilustrado. Son la estela luminosa que Dios ha dejado en el transcurso de la historia, y sigue dejando aún. Mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, que está aquí con nosotros en este momento, beatificó y canonizó a un gran número de personas, tanto de tiempos recientes como lejanos. Con estos ejemplos quiso demostrarnos cómo se consigue ser cristianos; cómo se logra llevar una vida del modo justo, cómo se vive a la manera de Dios. Los beatos y los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente su propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo.

De este modo, nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han elevado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo lo suficiente para dar la posibilidad de aceptar -tal vez en el dolor- la palabra de Dios al terminar la obra de la creación: *"Y era muy bueno"*. Basta pensar en figuras como san Benito, san Francisco de Asís, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo; en los fundadores de las órdenes

religiosas del siglo XIX, que animaron y orientaron el movimiento social; o en los santos de nuestro tiempo: Maximiliano Kolbe, Edith Stein, madre Teresa, padre Pío. Contemplando estas figuras comprendemos lo que significa "adorar" y lo que quiere decir vivir a medida del Niño de Belén, a medida de Jesucristo y de Dios mismo.

Los santos, como hemos dicho, son los verdaderos reformadores. Ahora quisiera expresarlo de manera más radical aún: sólo de los santos, sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. En el siglo pasado vivimos revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, siempre se tomó un punto de vista humano y parcial como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que lo priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?

Queridos amigos, permitidme que añada sólo dos breves ideas. Muchos hablan de Dios; en el nombre de Dios se predica también el odio y se practica la violencia. Por tanto, es importante descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron cuando se postraron ante el niño de Belén. "*Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*", dijo Jesús a Felipe (Jn 14, 9). En Jesucristo, que por nosotros permitió que su corazón fuera traspasado, se ha manifestado el verdadero rostro de Dios. Lo seguiremos junto con la muchedumbre de los que nos han precedido. Entonces iremos por el camino justo.

Esto significa que no nos construimos un Dios privado, un Jesús privado, sino que creemos y nos postramos ante el Jesús que nos muestran las sagradas Escrituras, y que en la gran comunidad de fieles llamada Iglesia se manifiesta viviente, siempre con nosotros y al mismo tiempo siempre ante nosotros. Se puede criticar mucho a la Iglesia. Lo sabemos, y el Señor mismo nos lo dijo: es una red con peces buenos y malos, un campo con trigo y cizaña. El Papa Juan Pablo II, que nos mostró el verdadero rostro de la Iglesia en los numerosos beatos y santos que proclamó, también pidió perdón por el mal causado en el transcurso de la historia por las palabras o los actos de hombres de la Iglesia. De este modo, también a nosotros nos ha hecho ver nuestra verdadera imagen, y nos ha exhortado a entrar, con todos nuestros defectos y debilidades, en la muchedumbre de los santos que comenzó a formarse con los Magos de Oriente. En el fondo, consuela que exista la cizaña en la Iglesia. Así, no obstante todos nuestros defectos, podemos esperar estar aún entre los que siguen a Jesús, que ha llamado precisamente a los pecadores. La Iglesia es como una familia humana, pero es también al mismo tiempo la gran familia de Dios, mediante la cual él establece un espacio de comunión y unidad en todos los continentes, culturas y naciones. Por eso nos alegramos de pertenecer a esta gran familia que vemos aquí; de tener hermanos y amigos en todo el mundo. Justo aquí, en Colonia, experimentamos lo hermoso que es pertenecer a una familia tan grande como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro de todas las partes de la tierra. En esta gran comitiva de peregrinos, caminamos junto con Cristo, caminamos con la estrella que ilumina la historia.

"*Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron*" (Mt 2, 11). Queridos amigos, esta no es una historia lejana, de hace mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. Jn 12, 24). Está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a la peregrinación interior que se llama adoración. Pongámonos ahora en camino para esta peregrinación, y pidámosle a él que nos guíe.

Amén.

BENEDICTO XVI, discurso con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud, vigilia con los jóvenes, Colonia, Explanada de Marienfeld, Sábado 20 de agosto de 2005.

4. SANTOS PADRES

San Agustín

Epifanía

"No es posible silenciar que esta iluminación de los Magos se constituyó en el gran testimonio de la ceguera de los judíos. Los Magos buscaban en la tierra de los judíos al que ellos no reconocieron en la suya. Los Magos encontraron entre los judíos al que aún no hablaba, a aquél que los judíos negaron cuando enseñaba. En estas tierras ajenas, estos peregrinos adoraron a Cristo, niño que aún no hablaba, allí mismo donde sus compatriotas lo crucificaron cuando era joven y hacía milagros. Los Magos reconocieron a Dios en el pequeño cuerpo; los judíos, incluso delante de las grandes obras, ni siquiera lo valoraron como hombre. ¡Cómo si fuera más importante ver una nueva estrella refulgente en el día de su nacimiento, que al sol que está de luto en el día de su muerte! Entonces, la misma estrella que condujo a los Magos hasta el lugar en que se hallaba el Niño Dios con su madre virgen, y que ciertamente podía haberlos guiado hasta la ciudad misma, se ocultó y no volvió a aparecérselos hasta que hubieron preguntado a los judíos por la ciudad en que debía nacer el Cristo, para que ellos mismos la nombraran de acuerdo con el testimonio de la Sagrada Escritura, y ellos mismos dijeran: *En Belén de Judea. Porque así está escrito: Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti surgirá un Jefe que gobernará a mi pueblo Israel* (Mt 2, 5-6).

¿Qué otra cosa quiso significar con esto la divina Providencia sino que quedarían en posesión de los judíos las únicas Escrituras Divinas con las que los paganos serían instruidos y ellos enceguecidos? Porque ellos las llevarían no para auxilio de su salvación, sino para testimonio de nuestra salvación." (S. 200, 3)

"El mismo que era dueño del buey y señor del burro, yacía en el pesebre y a ambos daba el mismo alimento. Porque él había venido como paz para los que estaban lejos y como paz para los que estaban cerca.

Los pastores israelitas, como se encontraban cerca, llegaron hasta él el mismo día que Cristo nació, lo vieron y se llenaron de alegría; en cambio, los Magos paganos, como se encontraban lejos, llegaron después de unos días de su nacimiento, un día como el del hoy, lo encontraron y lo adoraron. Por eso convenía que nosotros, es decir la Iglesia congregada de entre los paganos, uniéramos la celebración de este día en que Cristo se manifestó a las primicias de los paganos, a la celebración del día en que Cristo nació de los judíos, y que conserváramos el recuerdo de tan grande sacramento mediante una solemnidad doble." (S. 204, 2)

"¿Qué decir de la infelicidad de esos judíos que, a los Magos que preguntaban por Cristo, les citaron incluso la profecía que indica el lugar y les señalaron Belén, la ciudad que ellos mismos no encontraron? Son semejantes a los constructores del arca de Noé, que dieron a otros con qué escapar del diluvio y ellos mismos murieron en él; son semejantes a las piedras miliare, mostraron el camino sin poder recorrerlo ellos mismos, ya que permanecieron como unos necios en el camino. Interrogados sobre dónde debía nacer el Cristo, ellos respondieron: *En Belén de Judea. Porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti surgirá un Jefe que gobernará a mi pueblo Israel* (Mt 2, 5-6). Los que preguntaron, escucharon y partieron; los doctores dieron testimonio y permanecieron fijos; separados por afectos contrarios, unos se convirtieron en adoradores y los otros en perseguidores." (S. 373, 4)

"Es cierto que el Señor se manifestó el mismo día de su nacimiento a los pastores avisados por un ángel y, además, en algún lugar del lejano Oriente, ese día fue anunciado por una estrella; pero en este día fue adorado por ellos. Por lo tanto, toda la Iglesia proveniente de los paganos adoptó celebrar este día con la máxima devoción. Porque, ¿qué fueron aquellos Magos sino las primicias de los paganos? Los pastores eran israelitas, los Magos eran paganos.

Aquéllos de cerca, éstos de lejos, sin embargo, ambos coincidieron en la Piedra angular." (S. 202, 1)

"*Epifanía* es una palabra de la lengua griega que en latín se puede traducir por *manifestación*. El Redentor de todos los pueblos, manifestándose en este día, evidentemente lo constituyó en solemnidad para todos los pueblos. Hoy celebramos la manifestación de aquél cuyo nacimiento celebramos hace unos pocos días. Según la tradición, un día como el de hoy fue adorado por los Magos nuestro Señor Jesucristo, nacido trece días antes. Que el hecho tuvo lugar, lo atestigua la verdad del Evangelio; que haya sucedido en un día como el de hoy, lo proclama la autoridad de una solemnidad tan preclara.

Aquellos Magos fueron los primeros de entre los paganos que conocieron a Cristo, el Señor, y sin haber sido avisados de palabra, siguieron la estrella que se les apareció y que les hablaba en forma visible, como si fuera

la lengua del cielo, de la Palabra que aún no hablaba. Por esto ha parecido oportuno -y sin duda lo es- que los no judíos recordaran con gratitud el día de la salvación de quienes fueron sus propias primicias y lo dedicaran con devota solemnidad a Cristo, el Señor, para agradecerle.

Las primicias de los judíos, en orden a la fe y a la revelación de Cristo, fueron aquellos pastores que llegando de las cercanías lo vieron el mismo día en que nació. A éstos se lo anunciaron los ángeles; a aquéllos, la estrella. A éstos se les dijo: *Gloria a Dios en las alturas* (Lc 2, 14); en aquéllos se cumplió: *El cielo proclama la gloria de Dios* (Sal 19, 2). Unos y otros, como si fueran los comienzos de dos paredes que llegaban de distintas direcciones -de la circuncisión y de la incircuncisión- corrieron a la Piedra angular para que fuera su paz, haciendo de las dos una sola cosa. (Cf. Ef 2, 11)." (S. 203, 1)

(SAN AGUSTÍN, *Comentarios a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo C, Religión y Cultura, Buenos Aires, 2006)

5. APLICACIÓN

Beato Dom Columbia Marmion

Los Padres de la Iglesia han visto en el llamamiento de los Magos, a la cuna de Jesús, la vocación de los pueblos paganos a la luz de la fe. Esta es la característica del misterio, explícitamente señalada por la Iglesia en la oración en que resume los votos de sus hijos en esta solemnidad: *Dios que en este día revelaste a tu Hijo Único a los pueblos paganos, guiándolos por medio de una estrella, conduce a quienes te conocemos por la fe, a la contemplación de la hermosura de tu grandeza.*

El Verbo encarnado se manifestase primero a los judíos en la persona de los pastores, por ser ellos el pueblo escogido, del cual debía salir el Mesías, hijo de David; a él se habían hecho las magníficas promesas cuya realización constituiría el reino mesiánico; a él le tenía Dios confiadas las Escrituras y la Ley; aquella Ley cuyos elementos no eran sino figura de la gracia que debía traernos Jesucristo. Por tanto parecía justo que el Verbo Encarnado se manifestase primero a los judíos.

Los pastores, gente sencilla y de recto corazón, representaron en el pesebre al pueblo escogido: *Evangelizo vobis gaudium magnum quia natus vobis hodie Salvator* (Lc 2, 10-11).

Más tarde, en su vida pública, se manifestaría Nuestro Señor a los judíos por la sabiduría de su doctrina y por la aureola de sus milagros. En efecto, podemos comprobar que su predicación se ciñó a los judíos.— Ved, por ejemplo, qué responde Jesucristo a sus discípulos cuando abogan en favor de la mujer cananea, natural de las regiones infieles de Tiro y Sidón, al presentarse ella a Jesús pidiéndole un favor: *"No he venido sino para las ovejas descarriadas de Israel"* (Mt 15, 24). Se necesitaba, en verdad, la fe viva y profunda humildad de aquella pobre pagana, para arrancar, por decirlo así, a Jesús la gracia que imploraba.— Cuando, en su vida pública, enviaba Nuestro Señor a sus Apóstoles a predicar como Él la buena nueva, les decía asimismo: *"No vayáis a tierras de gentiles, ni os distingáis entre los samaritanos; antes por lo contrario, buscad las ovejas extraviadas de Israel"* (Mt 10, 5-6). ¿Por qué encargo tan extraño? ¿Acaso habían sido excluidos los paganos de la gracia de la redención y de la salvación obtenida por Jesucristo? Ciertamente que no; pero es que, según el trazado del plan divino, estaba reservada a los Apóstoles la evangelización de las naciones paganas, después que los judíos, crucificando al Mesías, hubieron desechado definitivamente al Hijo de Dios; lo cual se cumplió al morir Nuestro Señor en la cruz, cuando el velo del templo se rasgó en dos partes, en señal de que había cesado la Alianza Antigua con el pueblo hebreo.

A ellos aludía San Juan cuando dijo: *"La luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la vieron; bajó a su heredad y los suyos no le recibieron"* (Jn 1, 5,11). Por eso decía Nuestro Señor a los judíos incrédulos: *"El reino de Dios os será quitado y transferido a los gentiles"* (Mt 21, 43).

Las naciones paganas fueron llamadas a ocupar la herencia prometida por el Padre Eterno a su Hijo Jesús: *Postula a me, et dabo tibi gentes hcreditatem tuam* (Sal. 2,4). Nuestro Señor se decía a Sí mismo *"el buen pastor que entrega su vida por sus ovejas"*, y añadía luego: *"No tengo solamente ovejas entre mi pueblo, tengo también otras que no pertenecen a este aprisco"*; *"es necesario que las traiga a mí; ellas oirán mi voz y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor"* (Jn 10, 11,16). Por eso. antes de subir al cielo, envía a sus Apóstoles a continuar su misión salvadora, no sólo entre las ovejas perdidas de Israel, sino en todos los pueblos, dirigiéndoles las siguientes palabras: *"Id, predicad a toda criatura y enseñad a todas las gentes. Yo estoy con vosotros hasta*

la consumación de los siglos” (Mt 28, 19-20) .

Con todo eso, no esperó el Verbo encarnado a su ascensión para derramar entre la gentilidad la gracia de la buena Nueva. Ya desde su aparición en este mundo, la invita al establo en la persona de los Magos. La Sabiduría eterna, como Él es, quiso mostrarnos así que era el portador de la paz. *Pax hominibus bonae voluntatis* (Lc 2,14), “no sólo a los que se hallaban cabe él”—los judíos fieles representados por los pastores,— sino también a los de lejanos países, cuales eran los paganos representados por los Magos. De este modo, "de dos pueblos, al decir de San Pablo, no resultaba sino uno solo": *Qui fecit utraque unum*, por ser Él uno, por la unión de su humanidad a la divinidad el medianero perfecto, y "por quien Únicamente tenemos entrada ante el Padre en un solo y único Espíritu.

La vocación de los Magos y su santificación significan el llamamiento de la gentilidad a la fe y a la salvación. Dios envía un ángel a los pastores, porque el pueblo escogido estaba avezado a las apariciones de los espíritus celestiales; pero a los Magos, observadores de los astros, se les parece una maravillosa estrella, símbolo, de la iluminación interior que irradia sobre las almas para llamarlas a Dios. Cada una de las almas de los adultos es alumbrada a lo menos una vez, como los Magos, por la estrella de la vocación de la salvación eterna. A todos se da luz suficiente, y dogma de nuestra fe es que “Dios quiere salvar a todos los hombres”: (I Tm 2,4). *“Que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”*

En el día del juicio, todos, sin dejar uno, reclamarán con la convicción arrancada por la evidencia, la justicia infinita de Dios y la perfecta rectitud de sus sentencias: *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum.* (Sal 118). *“Justo eres Señor, y rectos tus juicios”*. Los que por toda la eternidad haya Dios arrojado de Sí, reconocerán que ellos han sido los causantes de su perdición.

Pero no fuera esto verdadero si los precitos no hubiesen tenido la posibilidad de conocer y recibir la luz divina de la fe pues repugna no sólo a la bondad infinita de Dios, sino también a su justicia el condenar a un alma sumida en invencible ignorancia.

Sin duda, la estrella conductora de los hombres a la fe, no es una misma para todos; tiene destellos y matices varios: pero su fulgor es asaz visible para que los corazones de buena voluntad puedan reconocerla y descubrir en ella la señal de la vocación divina. Dios, en su providencia sapientísima, varía incesantemente su acción. Incomprensible como El mismo, la cambia, siguiendo las reales esplendideces, siempre activas, de su amor, y las exigencias, siempre santas, de su justicia. Aquí debemos adorar, con San Pablo, "la profundidad insondable de los caminos de Dios, y proclamar cómo trasciende infinitamente a todo cuanto puede alcanzar el ojo humano". *¿Quién penetró jamás en los arcanos del Señor o fue su consejero?" O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! Quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus et investigabiles viae ejus!* (Rm 11,33).

Nosotros hemos tenido la dicha de haber "visto la estrella" y de haber reconocido por Dios nuestro al Niño en el pesebre, y nos ha cabido la suerte de pertenecer a la Iglesia, cuyas primicias fueron los Magos.

En el oficio de la festividad, la liturgia denomina esta vocación de todo el género humano a la fe y a la salvación en la persona de los Magos, "las bodas de la Iglesia con el Esposo". Mirad con qué alegría, y en qué términos tan magníficos y simbólicos, extractados del profeta Isaías, proclama, en la epístola de la misa, el esplendor y gloria de esta Jerusalén espiritual, que debe acoger en su maternal regazo a las naciones: *“Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha venido tu deseada luz y se ha manifestado sobre ti, la gloria del Señor. Cuando las tinieblas cubran la tierra y la obscuridad los pueblos, nacerá sobre ti el Señor y veráse en ti su gloria. Las gentes caminarán guiadas de tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos en derredor y mira: todos se han juntado y vienen a ti: de lejos vendrán tus hijos, y del lado surgirán tus hijas. Entonces verás y quedarás radiante de alegría y tu corazón se maravillará, y dilatará. porque te traerán las riquezas de la mar y los tesoros de las naciones”* (Is 9,1-5).

Demos incesantemente acción de gracias por. *“habernos hecho dignos de compartir la herencia de los santos en la luz, al librarnos del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo”* (Col 1, 13), es decir, su Iglesia.

El llamamiento a la fe es un insigne beneficio, porque contiene en germen la vocación a la eterna bienaventuranza de la visión divina. No olvidemos que ella ha sido la alborada de todas las misericordias de Dios, y que la felicidad del hombre se resume en la fidelidad a esta vocación: la fe ha de conducirnos hasta la visión beatífica (Oración colecta de la fiesta).

Debemos agradecer a Dios esta singular gracia de la fe cristiana, y esforzarnos en ser cada día más dignos de ella, defendiéndola contra todos los peligros a que la provoca el naturalismo, el escepticismo, la indiferencia o el respeto humano de nuestro siglo, y procurando ser siempre fieles en nuestra vida práctica a los dictados y normas de nuestra santa fe.

Pidamos también a Dios que otorgue este don preciadísimo de la fe a todas las almas que “*de asiento yacen en las tinieblas y sombras de la muerte*”; supliquemos al Señor que las ilumine con su estrella y que Él mismo sea “*el Sol que las visite desde lo alto con su dulce misericordia*”: *Per viscera misericordiae Dei nostri in quibus visitavit... Oriens ex alto* (Lc 1, 78-79).

Mucho agrada a Nuestro Señor que pidamos sea conocido y glorificado como el Salvador de todos los hombres y Rey de los que dominan. Lo es asimismo al Padre eterno, pues no desea otra cosa sino la glorificación de su Hijo.

Repitamos muy a menudo, en estos santos días, la oración que el mismo Verbo encarnado ha puesto en nuestros labios: Oh Padre Celestial, "Padre de las luces" haced que llegue vuestro reino, el reino que tiene por jefa vuestro Hijo Jesús: *¡Adveniat regnum tuum!* Sea vuestro Hijo cada vez más y más conocido, amado, servido y glorificado, para que a su vez, manifestándoos más aún a los hombres, os glorifique en la unidad de vuestro común Espíritu: *Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te!*

COLUMBA MARMION, *Cristo en sus misterios*, Ed. LUMEN. Chile. Pag. 171-177

Papa Francisco

La Epifanía del Señor

Son tres los gestos de los Magos que guían nuestro viaje al encuentro del Señor, que hoy se nos manifiesta como luz y salvación para todos los pueblos. Los Reyes Magos ven la estrella, caminan y ofrecen regalos.

Ver la estrella. Es el punto de partida. Pero podríamos preguntarnos, ¿por qué sólo vieron la estrella los Magos? Tal vez porque eran pocas las personas que alzaron la vista al cielo. Con frecuencia en la vida nos contentamos con mirar al suelo: nos basta la salud, algo de dinero y un poco de diversión. Y me pregunto: ¿Sabemos todavía levantar la vista al cielo? ¿Sabemos soñar, desear a Dios, esperar su novedad, o nos dejamos llevar por la vida como una rama seca al viento? Los Reyes Magos no se conformaron con ir tirando, con vivir al día. Entendieron que, para vivir realmente, se necesita una meta alta y por eso hay que mirar hacia arriba.

Y podríamos preguntarnos todavía, ¿por qué, de entre los que miraban al cielo, muchos no siguieron esa estrella, «su estrella» (Mt2, 2)? Quizás porque no era una estrella llamativa, que brillaba más que otras. El Evangelio dice que era una estrella que los Magos vieron «salir» (vv. 2.9). La estrella de Jesús no ciega, no aturde, sino que invita suavemente. Podemos preguntarnos qué estrella seguimos en la vida. Hay estrellas deslumbrantes, que despiertan emociones fuertes, pero que no orientan en el camino. Esto es lo que sucede con el éxito, el dinero, la carrera, los honores, los placeres buscados como finalidad en la vida. Son meteoritos: brillan un momento, pero pronto se estrellan y su brillo se desvanece. Son estrellas fugaces que, en vez de orientar, despistan. En cambio, la estrella del Señor no siempre es deslumbrante, pero está siempre presente; es mansa; te lleva de la mano en la vida, te acompaña. No promete recompensas materiales, pero garantiza la paz y da, como a los Magos, una «inmensa alegría» (Mt 2,10). Nos pide, sin embargo, que caminemos.

Caminar, la segunda acción de los Magos, es esencial para encontrar a Jesús. Su estrella, de hecho, requiere la decisión del camino, el esfuerzo diario de la marcha; pide que nos liberemos del peso inútil y de la fastuosidad gravosa, que son un estorbo, y que aceptemos los imprevistos que no aparecen en el mapa de una vida tranquila. Jesús se deja encontrar por quien lo busca, pero para buscarlo hay que moverse, salir. No esperar; arriesgar. No quedarse quieto; avanzar. Jesús es exigente: a quien lo busca, le propone que deje el sillón de las comodidades mundanas y el calor agradable de sus estufas. Seguir a Jesús no es como un protocolo de cortesía que hay que respetar, sino un éxodo que hay que vivir. Dios, que liberó a su pueblo a través de la travesía del éxodo y llamó a nuevos pueblos para que siguieran su estrella, da la libertad y distribuye la alegría siempre y sólo en el camino. En otras palabras, para encontrar a Jesús debemos dejar el miedo a involucrarnos, la satisfacción de sentirse ya al final, la pereza de no pedir ya nada a la vida. Tenemos que arriesgarnos, para encontrarnos sencillamente con un Niño. Pero vale inmensamente la pena, porque encontrando a ese Niño, descubriendo su ternura y su amor, nos encontramos a nosotros mismos.

Ponerse en camino no es fácil. El Evangelio nos lo enseña a través de diversos personajes. Está Herodes, turbado por el temor de que el nacimiento de un rey amenace su poder. Por eso organiza reuniones y envía a otros a que se informen; pero él no se mueve, está encerrado en su palacio. Incluso «toda Jerusalén» (v. 3) tiene miedo: miedo a la novedad de Dios. Prefiere que todo permanezca como antes —«siempre se ha hecho así»— y nadie tiene el valor de ir. La tentación de los sacerdotes y de los escribas es más sutil. Ellos conocen el lugar exacto y se lo indican a Herodes, citando también la antigua profecía. Lo saben, pero no dan un paso hacia Belén. Puede ser la tentación de los que creen desde hace mucho tiempo: se discute de la fe, como de algo que ya se sabe, pero no se arriesga personalmente por el Señor. Se habla, pero no se reza; hay queja, pero no se hace el bien. Los Magos, sin embargo, hablan poco y caminan mucho. Aunque desconocen las verdades de la fe, están ansiosos y en camino, como lo demuestran los verbos del Evangelio: «Venimos a adorarlo» (v. 2), «se pusieron en camino; entrando, cayeron de rodillas; volvieron» (cf. vv. 9.11.12): siempre en movimiento.

Ofrecer. Cuando los Magos llegan al lugar donde está Jesús, después del largo viaje, hacen como él: dan. Jesús está allí para ofrecer la vida, ellos ofrecen sus valiosos bienes: oro, incienso y mirra. El Evangelio se realiza cuando el camino de la vida llega al don. Dar gratuitamente, por el Señor, sin esperar nada a cambio: esta es la señal segura de que se ha encontrado a Jesús, que dice: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8). Hacer el bien sin cálculos, incluso cuando nadie nos lo pide, incluso cuando no ganamos nada con ello, incluso cuando no nos gusta. Dios quiere esto. Él, que se ha hecho pequeño por nosotros, nos pide que ofrezcamos algo para sus hermanos más pequeños. ¿Quiénes son? Son precisamente aquellos que no tienen nada para dar a cambio, como el necesitado, el que pasa hambre, el forastero, el que está en la cárcel, el pobre (cf. Mt 25,31-46). Ofrecer un don grato a Jesús es cuidar a un enfermo, dedicarle tiempo a una persona difícil, ayudar a alguien que no nos resulta interesante, ofrecer el perdón a quien nos ha ofendido. Son dones gratuitos, no pueden faltar en la vida cristiana. De lo contrario, nos recuerda Jesús, si amamos a los que nos aman, hacemos como los paganos (cf. Mt 5,46-47). Miremos nuestras manos, a menudo vacías de amor, y tratemos de pensar hoy en un don gratuito, sin nada a cambio, que podamos ofrecer. Será agradable al Señor. Y pidámosle a él: «Señor, haz que descubra de nuevo la alegría de dar».

Queridos hermanos y hermanas, hagamos como los Magos: alzar la mirada, caminar y dar gratuitamente regalos.

(PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Solemnidad de la Epifanía del Señor*, Capilla Papal, Basílica Vaticana, Sábado 6 de enero de 2018)

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado